

La posibilidad de Internet –y de otras formas de comercialización– hoy en día hacen asequibles estas películas que por muchos años fue-

ron inaccesibles en el país. Y esa es una buena oportunidad para verlas, para analizarlas, para criticarlas, para disentir de ellas, para

pensar pero sobre todo, de cinéfilo a cinéfilo, para divertirse y reír. ¿Quién sabe?

La supuesta condición efímera

Víctor Díaz Arciniega

José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2013.

*Para Fernando y Belem,
con gratitud.*

Con *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad* José Mariano Leyva resolvió un capítulo central en las historias literaria y cultural mexicanas. Como él indica, las “mezquindades” habían reducido ese breve episodio histórico de supuesta condición efímera a una suma de anécdotas protagonizadas por un escaso número de individuos, dos luego prestigiados y los otros con fama relativa, contradictoria y en todas sus biografías su vínculo con el decadentismo es casi inexistente. Aunque más paradójica

que contradictoria, esa reducción había envuelto al decadentismo con un aura mitificada e incrustada en el modernismo. Y este lugar común se consolidó a lo largo de décadas hasta llegar a fechas recientes, sin considerar los siempre meritorios rescates bibliográficos de sus obras y los estudios monográficos que sobre ellos en su individualidad se han venido elaborando.

En el lugar común de esa mitificación, invariablemente se refería a los decadentistas como un grupo de “jóvenes”, cuando la realidad es muy diferente: los protagonistas del histórico episodio decadentista comprendido entre 1898 y 1903 son: Jesús E. Valenzuela (1856), Balvino Dávalos (1866), Jesús Urueta (1867), Alberto Leduc (1867), Amado Nervo (1870), José Juan Tablada (1871), Ciro B. Ceballos (1873), Rubén M. Campos (1876), Efrén Rebolledo (1877) y Bernardo Couto (1880-1901), todos ellos escritores, más el pintor e ilustrador Julio Ruelas (1870-1907), cuyas obras individuales del periodo son de calidad

considerable; debo añadir la obra colectiva que los congregó y que está en la base de su trascendencia histórica: la *Revista Moderna* (1898-1903), que no debemos confundir con su continuación, la *Revista Moderna de México*, la cual sobrevivió hasta 1911 y en sí misma también es una historia singular.

Sin duda alguna, todo esto en la circunstancia que los congregó representó la versión más radical de la modernidad vital en el cambio de siglo, según los patrones específicos de las conductas moral y estética decadentistas provenientes de París, entonces paradigma de las propuestas de cambio cultural más avanzadas. El muy joven Bernardo Couto así las percibió, así las hizo suyas durante su muy intensa estancia en esa ciudad y así las trajo a México, donde su cercano grupo de amigos y conocidos las adoptaron como propias, aunque no con la encendida vehemencia como él las vivía, con la excepción de Julio Ruelas, quien también murió relativamente joven debido a los excesos.

José Mariano Leyva articuló su investigación sobre una explicación y demostración historiográfica sujeta a la siguiente premisa: el grupo decadentista actuó como unidad y se asumió como una corriente cultural subversiva que desafió al *establishment* –sea al literario y cultural– que propugnaba sobre la misión constructora de la identidad patria, o sea al de las artes plásticas que resguardaba con vivo realismo al paisaje y a la gente nacionales, o sea al de la conducta moral que se protegía con la hipócrita decencia del medio tono. La apuesta decadentista fue por un arte ecuménico y por una rebeldía liberadora, ambas voluntariamente elegidas a partir de la influencia de las propuestas estéticas y morales de Baudelaire y Nietzsche –ambos, la encarnación más vital y beligerante del pensamiento irracional entonces influyente (es el contexto estético y moral más significativo que no asoma en *Perversos y pesimistas*). Más aún, en sus consideraciones historiográficas Leyva colocó a los decadentistas (coyuntura sincrónica) como parte de una gran cadena cultural (secuencia diacrónica) que conformó eso que llamamos tradición, con sus “cordiales continuidades y violentas rupturas”. Así articuló el brevísimo periodo analizado de los decadentistas con sus conductas vitales y obras literarias y plásticas radicales, en contraste (esto está sugerido en el último capítulo del libro) con el futuro inmediato del Ateneo de la Juventud, con sus afanes analíticos y constructivos de una renovada tradición técnica (ciencias) y humanística (artes).

Aunque están sólo aludidas en el libro, se pueden identificar algunas ideas dentro de las detalladas reconstrucciones de las acciones y obras del decadentismo realizadas por Leyva. Ahí se muestra con sustantiva elocuencia y magnífica documentación cómo ese reducido grupo de individuos hizo el primero y más severo cuestionamiento a los efectos derivados de tantos años acumulados de doctrina positivista, cuyos principios científicos y normas morales en el cambio de siglo ya mostraban inequívocos signos de agotamiento, como ilustran los enmascaramientos de prejuicios raciales, sexuales y morales expresados con lenguajeseudocientífico. Es decir, sobre el cimiento de esta ingente, intensa y simbólica tarea de zapa, los impulsores de *Savia Moderna* actuaron como unos enérgicos demoleedores y, en sentido contrario, inmediatamente después los miembros del muy pronto Ateneo de la Juventud emprenderían la edificación de nuevos modelos culturales. Conviene una precisión: históricamente, en lo inmediato la repercusión social de las conductas vitales y obras intelectuales de los decadentistas tal parece que alcanzó a muy pocos individuos (¿acaso cien o quizás doscientos dentro de la entonces muy reducida comunidad letrada, incluida la emergente?), casi todos habitantes de la ciudad de México. Y no obstante esto y sus visibles contradicciones, su poderoso empuje de su simbólica provocación tuvo consecuencias culturales para el resto del siglo –tanto que asoman como referente en algunos de los episodios de confrontación polémica posteriores.

El origen de este complejo proceso de cambio cultural parece menor y anecdótico. Por ejemplo, a contrape-lo de su descalificación (en la perspectiva *clínica* la etiquetaron así: “sicopatía”), Atenedoro Monroy, en 1902 en la ciudad de Puebla, hizo una puntual descripción del conjunto de los supuestos males que aquejaban a los decadentistas, tan influidos por sus pares franceses, de quienes eran émulos: amargura, desencanto y hastío de la vida; deseo de morir y vivir simultáneamente; agotamiento de la voluntad, cansancio y pesadilla, y sobre todo “los refinamientos de la sensibilidad, la hiperestesia y la neurosis”, todo lo cual –según el diagnóstico de Monroy– condujo a ese grupo de individuos a un cuestionamiento carente de porvenir, como reconstruyó José Mariano Leyva en el documentado contexto de las influencias francesas sobre los decadentistas y la recepción crítica que en México éstos padecieron con sus obras y acciones.

No obstante que en el libro el encuadre estrictamente histórico dentro de la realidad mexicana es deficiente, la reconstrucción desplegada de las influencias de la literatura y cultura francesas decadentistas; las transformaciones políticas, sociales y culturales por las que atraviesa la Europa de fin de siglo; las dinámicas y acciones de vida del grupo de amigos reunidos en torno a la *Revista Moderna*, y con particular detalle la recuperación y exhibición de los encuadres culturales implícitos en las ideas positivistas dominantes en México, todo esto hace que los dos primeros capítulos sean un ejemplar modelo de historiografía cultural expuesta mediante un relato vivaz, puntual

y erudito. Por esto, en tan elocuente descripción de la coyuntura perfecta se percibe como se expresó la neta y súbita ruptura cultural, pero... debieron transcurrir varias décadas para empezar a ponderar, revalorar, recuperar, reorientar (en forma inmediata, se desactivó su esencial cualidad de subversión autodestructiva, y en la mediata se canalizó hacia una rebeldía medianamente acotada), y ampliar esa rotunda y voluntaria confrontación originada por una supuesta “sico-patía”.

Los capítulos tres y cuatro no son menos elocuentes, porque en ellos el historiador y también narrador José Mariano Leyva se desdobló en sus facetas de crítico literario y analista de la vida social dentro de aquella ciudad de México de principios del siglo XX. Con sensibilidad estética y perspicacia psicológica, analizó los temas, tratamientos y alcances sociales y morales de las obras narrativas decadentistas; integró y mostró el sugerente repertorio de personajes masculinos y femeninos con sus muy deliberadamente provocativos temas y, también, de acciones e ideas *literarias* que en conjunto escandalizaba a las buenas conciencias; desarrolló los tópicos: el decadentismo como moda en México, España y América Latina; la ausencia del orgullo nacionalista entre los decadentistas; la interrogante de ¿libertad o enfermedad? en los ámbitos de la legislación sobre las costumbres y las prácticas sexuales laicizadas, y para concluir Leyva hizo el análisis de cómo todas esas representaciones estéticas de las perversiones y del mal eran una “fornida invectiva” propuesta a los lectores mediante la apropiación de

temas y tratamientos hasta entonces vedados particularmente a los jóvenes. Es decir, las obras individuales de los decadentistas y la *Revista Moderna* representaban la propuesta de “modernidad alterna, la que jamás llegó”.

En el quinto y último capítulo será notorio el beneficio derivado de los documentos testimoniales de algunos de sus protagonistas, sobre todo los de Rubén M. Campos y Ciro B. Ceballos: sus versiones de los hechos actuarán como los sutiles guías que fueron conduciendo a José Mariano Leyva por aquellos tiempos y espacios: le mostraron las dinámicas vitales, le indicaron ciertos sentidos y significados de las obras, y le ayudaron a dilucidar vagos rasgos autobiográficos e históricos implícitos en las narraciones y poemas de cada uno de los decadentistas; no menos importante, también le ofrecieron una escéptica perspectiva en las valoraciones de esos actores y obras.¹ Sobre esta base y con esa guía, en los capítulos anteriores el investigador ya había indagado con perspicacia historiográfica, sensibilidad estética, comprensión humana y ponderación moral al grupo como tal y a cada uno de sus integrantes y obras; ahora, en el último capítulo se adentra en la fractura del grupo a partir de la muerte de Bernardo Couto y, sobre todo, de su consecuen-

¹ Desde una perspectiva técnica, los apoyos metodológicos, conceptuales y documentales que le ofrecieron los trabajos de Fernando Curiel Defossé y Belem Clark de Lara también resultaron benéficos: sobre esos aportes historiográficos, Leyva prosigue en la tarea de allegar nueva información, análisis y valoraciones interpretativas para así contribuir a la mejor comprensión del cambio de siglo.

te diáspora: algunos pocos permanecieron vinculados con la *Revista Moderna de México*, mientras la mayoría eligió sus propias e individuales vías de realización personal.

En el último apartado del capítulo final se hizo la sutil y sintética descripción del proceso de cambio de estafetas entre los decadentistas y los ateneístas. Para instrumentar el cambio resultó sobresaliente la propuesta y las funciones operativas de Justo Sierra, quien en 1905 asumió el cargo del Ministerio de Instrucción Pública, aunque desde poco antes había venido operando e induciendo el proceso de transformación dentro de la comunidad letrada (¡con cuánta discreción fue socavando el prestigio, poder y utilidad de las doctrinas positivistas!, aunque esto no está en el libro). José Juan Tablada, muchos años después de todos estos hechos, evocaría una conversación con Sierra en 1891 a propósitos de preferencias literarias; ante su admiración por Baudelaire, su amigo Justo expresó con sus gestos faciales “una falta de entusiasmo y un gesto de turbación”. Pasados los años, Tablada reconsideraría el episodio y concluiría que en Sierra ya entonces existía un conflicto vital entre el placer estético y el deber ético. José Mariano Leyva invocó este importante y significativo apunte a partir del estudio de Susana Quintanilla, y sobre él se basó para hacer un ligero y esencial esbozo de la ruta intelectual y científica trazada para la educación y sus instituciones, como indicó a partir de los análisis de Mílada Bazant sobre la *Revista Moderna de México*, que ya mostraba la nueva y deseada pauta de conducta cultural.